

El discurso neoliberal de cambio educativo

John B. Thompson: la movilización del sentido al servicio de las relaciones asimétricas de dominación

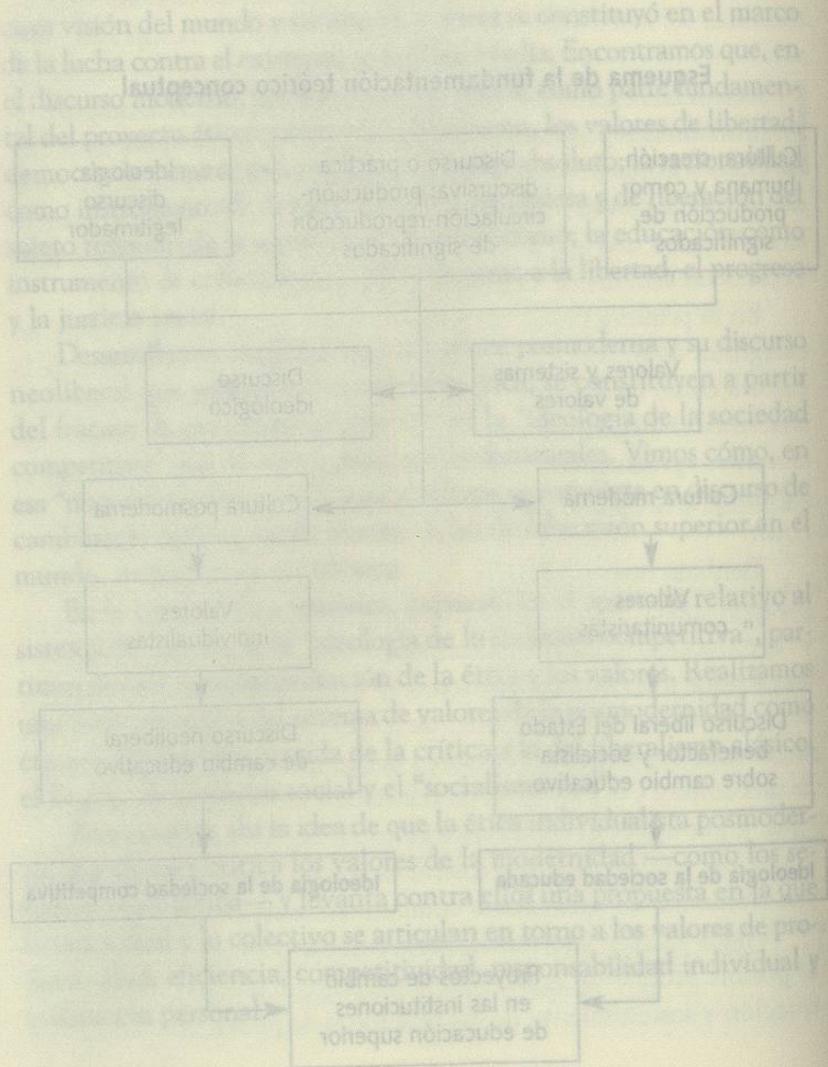
Como afirmamos en el primer capítulo, estamos convencidos con John B. Thompson¹ de que el análisis del discurso nos permite descubrir su funcionamiento como vehículo de las relaciones de poder. Esta perspectiva de análisis —sostiene Thompson— recupera la tradición hermenéutica de pensadores como Dilthey, Gadamer y Ricoeur, quienes nos recuerdan que:

...el estudio de las formas simbólicas es fundamental e insubornablemente una cuestión de comprensión e interpretación. Las formas simbólicas son expresiones y textos que se pueden comprender en sus contextos comunicativos significativos.²

Permite también tomar distancia respecto a la tradición positivista que pretende tratar a los fenómenos sociales, y en particular a las formas simbólicas, como si fueran objetos materiales y les aplica metodologías y análisis formales —cuantitativos y estadísticos—.

Thompson sostiene que una de las limitaciones de los métodos positivistas, que a lo sumo pueden proporcionar un análisis parcial de los fenómenos sociales, la tradición hermenéutica ha demostrado que las formas simbólicas en realidad transmiten significados: "por más a conciencia que se analicen por métodos cuantitativos, inevitablemente suscitan claros problemas de comprensión e interpretación".³ Añade que, a pesar de que parte de la tradición hermenéutica

En el mundo de estas tres líneas de problemas se inscribe esta tesis. El cualitativo experimenta en la investigación, se ocupa de reflexionar sobre el proceso neoliberal de cambio educativo en sí mismo como expresión de la "ideología de la sociedad competitiva", como un discurso que se establece en el "nuevo sistema social". Por otro lado, la sociología individualista es ideológica y las relaciones de poder existentes en los sujetos sociales como datos de la realidad. Dado que esto se desprende el siguiente esquema de los fundamentos teórico-conceptuales de la tesis.



Las orientaciones
metodológicas**John B. Thompson: la movilización del sentido al servicio
de las relaciones asimétricas de dominación**

Como afirmamos en el primer capítulo, estamos convencidos con John B. Thompson,¹ de que el análisis del discurso nos permite descubrir su funcionamiento como vehículo de las relaciones de poder. Esta perspectiva de análisis —sostiene Thompson— recupera la tradición hermenéutica de pensadores como Dilthey, Gadamer y Ricoeur, quienes nos recuerdan que:

...el estudio de las formas simbólicas es fundamental e inevitablemente una cuestión de comprensión e interpretación. Las formas simbólicas son expresiones y textos que se pueden comprender en tanto que construcciones significativas.²

Permite también tomar distancia respecto a la tradición positivista que pretende tratar a los fenómenos sociales, y en particular a las formas simbólicas, como si fuesen objetos naturales y les aplica metodologías y análisis formales, estadísticos y objetivos.

Thompson sostiene que ante las limitaciones de los métodos positivistas, que a lo sumo pueden brindarnos un enfoque parcial de los fenómenos sociales, la tradición hermenéutica ha demostrado que las formas simbólicas en cuanto constructos significativos: “por más a conciencia que se analicen por métodos formales u objetivos, inevitablemente suscitan claros problemas de comprensión e interpretación”.³ Añade que, a pesar de que parte de la idea de “hermenéutica

profunda” de Paul Ricoeur, el marco metodológico que él desarrolla difiere significativamente del que éste ha planteado ya que:

Ricoeur enfatiza mucho lo que llama autonomía semántica del texto, y así se abstrae con suma facilidad de las condiciones sociohistóricas en las cuales se producen y reciben los textos o los análogos de éstos.⁴

En la introducción a *Studies in theory of ideology*,⁵ Thompson asienta:

Para la tradición hermenéutica, debe ser remarcada la constitución simbólica del mundo histórico-social, el modo en que este mundo se crea por individuos hablantes y actuantes cuyas creaciones pueden ser entendidas por otros que comparten este mundo; pero los autores dentro de esta tradición han prestado menos atención a los modos en que el mundo histórico-social es también un campo de fuerza, un reino de conflicto y coerción en el cual la significación puede ser una máscara de la represión.⁶

El esquema del análisis en el que, según Thompson, es posible ir más allá de las limitaciones del enfoque hermenéutico, es presentado por él mismo como sigue:

El procedimiento consiste en tres fases principales que juntas constituyen una forma de hermenéutica profunda. La primera fase, que puede describirse como “análisis social” se ocupa de las condiciones histórico-sociales en las que los agentes actúan e interactúan [...] La segunda fase de la hermenéutica profunda puede describirse como “análisis discursivo”. Empezar un análisis discursivo es estudiar una sucesión de expresiones, no sólo como acontecimientos, social e históricamente situados, sino también como una construcción lingüística que despliega una estructura articulada [...] Una tercera fase del análisis, puede ser descrita propiamente como “interpretación”. Al interpretar un discurso podemos buscar ir más allá del estudio de la estructura discursiva y construir un significado que muestra cómo el discurso sirve para sostener relaciones de dominación.⁷

Gilberto Giménez Montiel⁸ reseña estas fases en los siguientes términos:

1. Una fase preliminar: “hermenéutica de la vida cotidiana” o interpretación de la doxa, en la que se reconstruye, mediante

recursos etnográficos —entrevistas, observación participante—, la interpretación cotidiana de las formas simbólicas en la vida social.

2. Una segunda fase dedicada al “análisis formal” de la estructura interna de las formas simbólicas capaces de representar y simbolizar; y en ella se usan varias técnicas de la lingüística —semiótica, análisis narrativo, análisis argumentativo, análisis sintáctico, análisis conversacional, análisis histórico social.
3. Una tercera fase se ocupa de la “interpretación” y “reinterpretación”. Es la etapa de la síntesis, mediante la cual se construye un sentido global que se imputa a los comportamientos o acontecimientos observados: “La interpretación se propone fundamentalmente reconstruir la dimensión referencial de las formas simbólicas” —que es lo que se representa y lo que se dice acerca de lo representado. Según Giménez Montiel:

Este proceso de interpretación [...] es también un proceso de reinterpretación en la medida en que las formas simbólicas forman parte [...] de un ambiente pre-interpretado. Se trata, por consiguiente, de reinterpretar lo ya interpretado en la vida cotidiana, de proyectar creativamente un sentido que puede diferir del que se construye rutinariamente en las interpretaciones cotidianas. Esta divergencia sólo se podrá apreciar por contraste con los resultados de la interpretación de la doxa.⁹

De acuerdo con Giménez Montiel, la propuesta de Thompson es la más completa y ambiciosa en el ámbito de la concepción interpretativa de la cultura —la semiótica. Porque tiene como foco de interés detectar las maneras en que el discurso moviliza el sentido al servicio de las relaciones asimétricas de dominación, porque permite integrar sistemática y coherentemente diferentes técnicas de análisis y permite eludir simultáneamente la falacia del reduccionismo —que pretende explicar exhaustivamente las formas simbólicas sólo en función de sus condiciones histórico-sociales de producción— y la falacia del inmanentismo —que reduce toda explicación cultural al análisis formal y meramente interno de las formas simbólicas.

Sobre todo, es una propuesta que da su debido lugar a la dimensión subjetiva y hermenéutica de la cultura, sin descuidar los aspectos

tos del contexto histórico-social y las relaciones de fuerza entre los miembros de una cultura.

Esta perspectiva sobre el discurso, histórica y socialmente situado y condicionado, más que la metodología propiamente dicha, es la aportación de Thompson que incorporamos para fines del presente trabajo.

Norman Fairclough: la reproducción de las relaciones de poder

Norman Fairclough¹⁰ llama a su propuesta metodológica "análisis crítico del discurso" —*Critical analysis of discourse*. Asume que el discurso se produce en el marco de relaciones de poder y que funciona para sustentar y legitimar esas relaciones sociales —o los proyectos de cambio, si es el caso. Las relaciones de clase son fundamentales por tener lugar en el campo de la vida económica, a la cual Fairclough, siguiendo a Marx, entiende como práctica social fundamental.

Igual que Haidar y Thompson —a quienes expondremos más adelante—, Fairclough ve el texto como resultado de una práctica social: la práctica discursiva. También plantea que el análisis no debe reducirse al texto, sino que debe abarcar las condiciones —determinaciones, sostiene— de su producción, circulación y recepción —interpretación—; en esta parte —coinciden los tres autores— recae lo fundamental del análisis.

Cuatro nociones son centrales en la propuesta de Fairclough:

1. *Lenguaje y discurso*: una concepción del lenguaje como una forma de la práctica social, determinada por las estructuras sociales.
2. *Discurso y órdenes de discurso*: el discurso real es determinado por órdenes de discurso socialmente constituidos y asociados con instituciones sociales.
3. *Clase y poder en la sociedad capitalista*: el control del discurso está ideológicamente moldeado por relaciones de poder en las instituciones sociales —órdenes de discurso— y en la sociedad como un todo —idea original de Foucault.
4. *Dialéctica de estructuras y prácticas*: el discurso tiene efectos sobre las estructuras sociales, al mismo tiempo que es deter-

minado por ellas, y contribuye tanto a la continuidad como al cambio social.¹¹

Si partimos de que el lenguaje no es algo estable, unitario y homogéneo —idea de *langue* en Saussure—, sino que se caracteriza por la diversidad, la lucha y los conflictos de poder, Fairclough plantea que, si la homogeneidad en el lenguaje se alcanza, será sólo como resultado de una imposición por parte de aquéllos que tienen el poder para conseguirlo,¹² lo cual implica:

- Que el lenguaje es una parte de la sociedad y no algo externo a ella.
- Que el lenguaje es un proceso social.
- Que el lenguaje es un proceso social condicionado por otras partes (no lingüísticas) de la sociedad.

El lenguaje es una parte de la sociedad; los fenómenos lingüísticos son fenómenos sociales de una clase especial, y los fenómenos sociales son (en parte) fenómenos lingüísticos.¹³

El fenómeno lingüístico es social en el sentido de que siempre que la gente habla o escucha, escribe o lee, lo hace de un modo determinado socialmente, y lo que hace tiene efectos sociales: el mantenimiento o el cambio de las relaciones sociales entre los sujetos. El fenómeno social es lingüístico en el sentido de que la actividad lingüística tiene lugar en contextos sociales y no es meramente un reflejo o expresión de los procesos y las prácticas sociales, sino una parte de esos procesos y prácticas. La "política consiste, en parte, en las disputas y forcejeos que ocurren en el lenguaje y sobre el lenguaje".¹⁴

En correspondencia con las tres dimensiones del discurso: texto, contexto e interpretación, Fairclough propone tres dimensiones o momentos del análisis crítico del discurso:

1. *Descripción*. Se ocupa de establecer las propiedades formales del texto.
2. *Interpretación*. Se centra en el análisis de las relaciones entre el texto y la interacción, como resultado del proceso de producción y como fuente en el proceso de interpretación.

La interpretación de las relaciones entre texto e interacción discursiva gira en torno de los participantes, el proceso de la producción del texto y la interpretación que los participantes hacen de él. La interpretación se genera —sostiene Fairclough— “a través de una combinación de lo que hay en el texto y lo que hay en el ‘intérprete’”¹⁵ —como participante del discurso socialmente determinado— y que éste aporta a la interpretación.

Las características formales del texto son, de acuerdo con este autor, “claves” que activan elementos de los recursos interpretativos de los miembros de la comunidad de discurso —*interpeters members' resources*—; mientras las interpretaciones son generadas a través del interjuego dialéctico de esas claves y los recursos interpretativos de los miembros de la comunidad.

3. *Explicación*: resultante de la relación entre interacción y contexto social, considerando las determinaciones sociales de los procesos de producción e interpretación, así como sus efectos. En este tercer momento se realiza una profundización del segundo, y se lleva el análisis hasta la problemática filosófico-antropológica, de modo que el discurso encuadra en un marco casi socioantropológico.

Fairclough¹⁶ utiliza la categoría de “órdenes del discurso” para analizar el modo como el discurso es determinado por las estructuras sociales y forma parte de lo social. Retoma a Foucault y plantea que la determinación aparece como “convenciones”, modos convencionalmente establecidos para hacer cosas, por ejemplo hablar de la educación. Las convenciones se presentan en paquetes o redes, que llama órdenes de discurso.

Un orden de discurso aparece como un orden social visto a través de una específica perspectiva discursiva; por esto Fairclough habla de órdenes de discurso como el discurso de las instituciones. En este sentido, la educación supone un orden de discurso, la política otro y así; y en cada orden de discurso se encuentran presentes diferentes tipos y prácticas discursivas, encarnadas, por ejemplo, en actores diferentes:¹⁷ los funcionarios tienen un tipo de discurso, los alumnos otro, los profesores y académicos otro, etcétera.

Los órdenes de discurso están impregnados de ideologías, las encarnan. Plantea Fairclough que los órdenes de discurso contribuyen a garantizar, sostener y legitimar unas relaciones de poder, a partir de estar ideológicamente armonizados en su interior, y/o respecto a otros discursos o del todo social. En otras palabras, están determinados por relaciones de poder en instituciones sociales particulares y en la sociedad como un todo. Cuando las prácticas o los discursos funcionan para sostener relaciones inequitativas —asimétricas— de poder, funcionan ideológicamente; en este planteamiento Fairclough coincide plenamente con Thompson.

El poder ideológico es el poder de proyectar la práctica de una clase o grupo social como universal, como sentido común, como “natural” para el conjunto de la sociedad. Dado el destacado papel de la ideología en las diferentes instituciones sociales para mantener la posición de la clase dominante, la sociedad moderna se caracteriza por un alto grado de integración de las instituciones sociales —que cumplen una función ideológica— en la tarea de la dominación de clase. Correlativamente, es posible observar un alto grado de integración entre los órdenes institucionales de discurso y de éstos con el orden de discurso social.

Fairclough reconoce que las relaciones de poder no son sólo relaciones de clase, también hay relaciones asimétricas de poder entre hombres y mujeres, entre grupos sociales diversos, entre jóvenes y viejos, etcétera. Las relaciones de poder son relaciones de lucha.

Por otro lado, el discurso se ve determinado por las estructuras sociales, y a su vez determina las estructuras y contribuye al alcance de la continuidad o al cambio social. Por tanto, Fairclough clasifica las relaciones entre discurso y poder como:

1. *Poder en el discurso*: el discurso como un lugar en el que realmente son ejercidas y puestas en acción relaciones de poder —por ejemplo en la situación cara a cara. El poder en el discurso se expresa a través de la situación de poder de los participantes —maestro, funcionario, padre— controlando, construyendo la participación de los que no tienen poder —alumno, ciudadano, hijo— en el discurso. El participante con poder determina:

- a) Los contenidos: lo que puede ser dicho o hecho.
- b) Las relaciones con el discurso y entre los participantes: qué lugar y función le corresponde a cada cual.
- c) El tema y las posiciones de cada participante frente a él.

Lo mismo da que se trate de una situación cara a cara o de una comunicación mediada —en los documentos oficiales o la prensa por ejemplo—, estas determinaciones operan siempre. En una comunicación mediada, el discurso reproduce el poder de los participantes de diversos modos: en la “selección de las fuentes” —le da voz a unos y se la quita a otros, por ejemplo: sí a los empresarios, no a los estudiantes—; en la “perspectiva” adoptada para la selección de las fuentes; en la “exposición” y tratamiento de los temas; en la “ubicación de los lectores”; etcétera.

2. *Poder detrás del discurso*: los órdenes de discurso como dimensión de los órdenes sociales, de instituciones sociales o sociedades son enmarcados y constituidos por relaciones de poder. El poder tras el discurso se expresa, fundamentalmente, en el hecho de que el orden social del discurso existente es un efecto del poder. Existe como un acto de poder, es la expresión del poder de alguien.

El primer fenómeno observado por Fairclough en este sentido, es el de la estandarización, la homogeneización de los participantes a través, por ejemplo, de la “lengua nacional”. Este tipo de relaciones es importante en torno al tema de las premisas previas compartidas, que Haidar retoma de Pechêaux, donde dice que un acto de poder es precisamente el que permite conseguir que todos los participantes hablen de lo mismo en el mismo sentido; por ejemplo, mediante un acto del poder que controla la educación, todos habríamos de aceptar que la “calidad en la educación” consiste en ajustarse a estándares internacionales.

Junto con estas relaciones de poder se da la instauración de un código único, prestigiado socialmente y excluyente de otros en que podría expresarse el tema; por ejemplo, para hablar de finalidades educativas

debe usarse el término “misión”, en lugar de otros como: “proyecto educativo”, “fines”, “papel”, etcétera.

El segundo fenómeno es el de los tipos de discurso como convenciones que encierran relaciones particulares de poder. Se trata de discursos especializados, por ejemplo, los propios de grupos profesionales: médico, docente, ingenieril, religioso; los cuales, a través de sus convenciones propias, realizan constricciones o exclusiones; se definen los objetos, los participantes y sus respectivas posiciones en el discurso. En estos casos, es claro que lo que se manifiesta no es propiamente el poder de las instituciones sociales en sí mismas, sino más bien el de aquellos que en esas instituciones tienen una posición que lo detenta. Esto se ejemplifica claramente en el caso de los cambios en educación, donde los proyectos académicos o planes de estudio que realmente se aplican son los que expresan la visión de las cosas de quienes, al interior de la institución, han conseguido una correlación de fuerzas favorable para convertir su proyecto en posición institucional. El grupo en el poder disciplina y somete, a través de sanciones y premios, al resto de los participantes, y a los de afuera a través del acceso a los servicios o esferas de acción que brinda la institución: hospital, escuela, iglesia, etcétera.

El tercer fenómeno es el del acceso al discurso. Al mismo tiempo que se constituye un orden de discurso en torno a una institución social, se configuran las normas para el acceso. Se impone de nuevo el poder de quienes al interior tienen una correlación de fuerzas favorable. El caso de las profesiones y sus estrategias de posicionamiento social explicadas por José Joaquín Brunner¹⁸ son un buen ejemplo. Los miembros de una profesión deciden el modo, las condiciones y los requisitos en que otros pueden acceder al saber profesional en cada campo.

De lo anterior se desprende un procedimiento de exclusión del discurso y de las prácticas discursivas de un sector que, siendo parte de la comunidad, queda colocado en la posición de “ignorante”, “cliente”, “usuario”, “alumno”, “público”, etcétera.

Por supuesto que el poder en el discurso, o detrás del discurso, no es una situación permanente o indisputada:

El poder "en" o "detrás del" discurso, no es un atributo permanente e indiscutible de alguna persona o agrupación social. Al contrario, aquéllos que mantienen el poder en un momento particular tienen que reafirmarlo constantemente, y aquéllos que no lo poseen están siempre obligados a hacer una oferta de poder.¹⁹

Lo subyacente a ese proceso es una constante elaboración de tácticas y estrategias de posicionamiento al interior de las prácticas discursivas, que puede ser analizada en las tres dimensiones: temas, relaciones y participantes.

Julieta Haidar y Lidia Rodríguez: el funcionamiento discursivo del poder y la ideología

Con la categoría de "práctica discursiva" como base para el análisis, Julieta Haidar y Lidia Rodríguez²⁰ desarrollan un modelo analítico que nos permite intentar la explicación del funcionamiento del poder y la ideología en los diferentes tipos de textos, a través de tres núcleos problemáticos:

1. La tipificación del discurso objeto de la investigación, con base en criterios bien definidos.
2. El análisis de las condiciones de producción, circulación y recepción del discurso en función del poder y de la ideología, a partir de la tipificación hecha, del objeto de estudio y de las preguntas de investigación.
3. El análisis de los funcionamientos discursivos del poder y la ideología en los textos objeto de la investigación.

Esta propuesta metodológica se sustenta en lo que Haidar (1992) llama una "definición completa del discurso"²¹ y que integra tres dimensiones y relaciones fundamentales:

1. La *lingüística-textual*: para la cual el discurso constituye un conjunto transaccional sujeto a reglas sintácticas, semánticas y pragmáticas.
2. La relación *discurso-extradiscurso*: en la cual es posible explicar el funcionamiento discursivo a partir de las condiciones de producción, circulación y recepción de los discursos.

3. Los discursos como *prácticas discursivas*: lo que implica considerarlos como prácticas sociales peculiares precisamente a partir de las materialidades en que se plasman y que rebasan el ámbito de la materialidad lingüístico-textual.

Esta definición, como hemos visto en capítulos previos, posibilita el paso de la categoría de "discurso" a la de "práctica discursiva", y plantea el análisis en un terreno más amplio que el de la lingüística textual. Enfatiza la preeminencia de la dimensión pragmática en las investigaciones discursivas, al ubicar el análisis del discurso más cerca de la semiótica de la cultura, que de la lingüística clásica.

El cambio de categoría implica, por lo tanto, objetar argumentativamente los modelos inmanentes de análisis del discurso, implica pensar a los discursos como acontecimientos (en el sentido foucaultiano) que inciden de manera fundamental en la producción y reproducción de la vida social, cultural, histórica. Las prácticas discursivas son multidimensionales por las múltiples materialidades que las constituyen, aspecto importante para entender la constitución de los sujetos del discurso como socio-histórico-culturales.²²

En consonancia con esta postura, cabe recordar que el objeto de investigación del presente trabajo va también más allá del análisis puramente lingüístico de los documentos en que se contiene el proyecto neoliberal de cambio educativo en cuanto textos; más aún, esta dimensión sólo se aborda como base para la tipificación y como terreno que permite descubrir los funcionamientos discursivos de la ideología y el poder.

Hablamos del proyecto neoliberal de cambio educativo como práctica discursiva, en la cual tienen lugar acciones y acontecimientos encaminados a promover, en la sociedad contemporánea, la transformación de la educación superior para ajustarla a la ideología de la sociedad competitiva.

Una vez definida la categoría más amplia, el modelo propuesto por Haidar y Rodríguez plantea realizar el análisis en torno a tres núcleos:

1. Tipificación del discurso.